

Cómo surgió este libro

El 20 de marzo de 2012 asistí en la Universidad de Deusto de San Sebastián a la presentación oficial que hicieron los jesuitas del nuevo Camino Ignaciano. ¿Nuevo? En realidad, ese camino ya se había recorrido hace casi 500 años atrás, por un tal Iñigo de Loyola.

Me llamo Ignacio. Mis padres me llevaban a Loyola casi cada año para ‘ver’ a mi patrón. Unas visitas que solían acabar, casi indefectiblemente, tomando un chocolate a la taza en el bar Uranga, cercano a la basílica. Más tarde, tras entrar en contacto de manera casual con un grupo de novicios jesuitas que se formaban en mi ciudad me rondó la idea de hacerme jesuita, pero fue más una quimera quijotesca que una vocación real. Había algo en el comportamiento y en la manera de ser de aquellos jóvenes que me daba envidia sana. Sin embargo, San Ignacio no ha transformado mi vocación en adscripción jesuítica. La ha dejado en suave patrocinio espiritual.

He realizado en alguna ocasión los Ejercicios Espirituales, dos o tres días cada vez, en Loyola y en Javier, y agradezco a Dios sus frutos. San Ignacio, por tanto, me es familiar. Cuando estudiaba en Pamplona pasaba a diario por la iglesia de los redentoristas, al lado mismo de donde el caballero de Loyola fue herido por una bala de cañón en defensa de esa ciudad. Al pasar por la placa que recuerda este suceso: «Aquí cayó herido San Ignacio de Loyola el día 20 de mayo de 1521 A.M.D.G.», siempre me paraba un segundo, sin saber muy bien porqué, y retiraba las hojas secas que la cubrían parcialmente en otoño, o la nieve que en algunos días de invierno la tapaba por completo. Quería darle visibilidad, también sin saber por qué, al hecho de que fue en ese punto exacto, y a mi juicio no en otro, donde la vida de un simple caballero comenzó su mutación a la de un santo. Si no llega a recibir ahí ese cañonazo probablemente hoy no existiría San Ignacio como tal. De la misma manera que quizá no existiría San Pablo sin su caída del caballo.

Pero no está en mi ánimo teorizar sobre lo que no conozco, y haría mal si lo hiciera. En mi caso, «el saber un poco me basta para descubrir la limitación de mis saberes», como reconocía José Ignacio Tellechea Idígoras en su genial obra ‘Ignacio de Loyola, solo y a pie’, que me regaló mi amigo Joseba González y he leído en varias ocasiones y con la que me siento en deuda. Sin ir más lejos, me he valido de ella en parte para poder contar esta historia.

A la vuelta de un largo viaje por Marruecos, a finales de 2013, tropecé en un mercadillo de Ceuta con el ‘Viaje a la Alcarria’ de Cela. Lo devoré de una sentada y me encantó. Entonces se me ocurrió la idea de que el Camino Ignaciano se podría contar de una manera similar a la que narra su viaje alcarreño el Nobel español. Salvando las insalvables distancias, claro está.

Pero hay muchos gestos, de San Ignacio precisamente, que me impulsan a esta aventura: cuando, empeñado en catequizar a sus paisanos de Azpeitia, su hermano le disuadía de tal obra diciendo que nadie acudiría, él «repu-so que le bastaba con uno», y con eso mismo me conformo yo: si una única persona se anima a hacer el Camino Ignaciano por haber leído este librito, ya me sentiré el más honrado de todos los autores habidos y por haber. Con esa intención escribí esto que ahora doy a leer. Fui tomando notas por el camino de cuanto me acontecía, con la única premisa de decir siempre la verdad. Al volver a casa las fui transcribiendo entre baños en la piscina de Villamuriel y paseos por La Concha en San Sebastián, con la inestimable ayuda de mi novia Nadia Mohamed y de mi madre, Teresa Arizmendi.

La dedicatoria la tuve clara desde un principio. Se lo dedico a mi padre, Miguel Ángel Villameriel. Y no sólo por ser mi padre y por no estar ya junto a nosotros, sino, sobre todo, por haber sido –y seguir siendo– mi referente. Un hombre honrado al que le debo tanto, que quiero empezar a corresponderle todo su esfuerzo, paciencia y tra-

bajo. Habría más gente a la que me gustaría dedicárselo, pero como espero que haya más libros en el futuro, ya iré saldando cuentas.

En el apartado de agradecimientos, quiero acordarme de una persona en particular; de mi buen amigo Santiago Zayas, con quien también me siento en deuda y al que debo mucho. Sin ir más lejos, por haber creído en mí y por ayudarme a buscar mi mejor versión. También por animarme con ahínco a escribir este libro. Desde un primer momento se implicó en este proyecto con ilusión, y por eso mismo, una parte de este librito le corresponde a él. Lo malo es que se ha autoproclamado mi representante y, como le conozco, pronto me propondrá hacer alguna otra cosa juntos, con esa mezcla de seriedad y fanfarronería que atesoran los buenos bilbaínos como él.

Cómo no agradecer a mi maestro Pedro Ontoso que haya aceptado prologarme el libro, especialmente cuando le avisé con tan poca antelación. Conocí a Pedro en el máster de periodismo de EL CORREO, donde fue mi profesor de redacción. Si hay alguna parte buena en el libro él tendrá gran parte del mérito, mientras que las partes peores o más aburridas son demérito sólo mío.

También quiero agradecer a mi madre y a mi hermano Miguel que se hayan leído el borrador del libro y me hayan ayudado a corregirlo. En el caso de mi hermano, es también uno de mis maestros, no sólo de la escritura, sino de la vida. Quiero agradecer también a mi hermana Teresa y a su marido Yon el estar siempre ahí cuando se

les necesita. Por eso, y por traer al mundo a Javier, Álex y Lucía, tres de los soles que más me alumbran.

Por último, quiero agradecer a San Ignacio que siempre siguiese caminando, y encomendarle a él que este librito sirva para conocer un poco mejor a su persona y su Camino. Y lo quiero hacer, como hacía él, a la mayor gloria de Dios.

San Sebastián, 28 de octubre de 2018